

REVISTA ESPIRITISTA,

PERIÓDICO

DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS.

RESÚMEN.

Avtención.—A los Espiritistas.—*Sección doctrinal:* Las epidemias.—Cartas sobre el Espiritismo por un cristiano, XVII.—*Espirítismo teórico-experimental:* Kant y Swendenborg.—Una aparición.—Enfermedad producida por el miedo.—Teoría del móvil de nuestras acciones.—Los talismanes.—Medalla cabalística.—El opio y el hatchis.—*Conversaciones familiares de ultra-tumba:* El suicidio de un ateo.—*Variedades:* El Espíritu y la materia. (Poesía.)—*Disertaciones espirítistas:* La poesía según el Espiritismo.—Las reuniones espirítistas.—Llegan los tiempos.—*Crónica retrospectiva del Espiritismo:* 1858.

ADVERTENCIA.

En atención á las circunstancias desplorables en que se encuentra esta ciudad, esperamos que nuestros lectores se servirán dispensarnos que le privemos de algunas páginas de lectura, publicando solamente veinte y cuatro de las treinta y dos que ordinariamente cuenta nuestra *Revista*. Además echarán á menos en el presente número el artículo de obras póstumas, que mensualmente traducíamos de la *Revue spirite* de París. Nuestros lectores saben cual es el estado de la capital de la vecina república, y no extrañarán que hayamos dejado de recibir el número de aquella publicación, correspondiente al mes que corre. En tiempo oportuno procuraremos resarcir á nuestros suscriptores.

Á LOS ESPIRITISTAS.

La peste y la miseria se ensañan en los habitantes de Barcelona, en nuestros hermanos. FUERA DE LA CARIDAD NO HAY SALVACION POSIBLE; tal es nuestro lema. Yá

sabeis, pues, lo que nos toca á todos, espirítistas. Nada importan ante el celeste PADRE ni la magnitud, ni la calidad de la dadora. Mandad, aunque sea el óbolo de la viuda que cita el Evangelio.

Queda abierta la suscripción al efecto en el local de la Sociedad, calle de Basea, número 24, piso 3.^o, izquierda, y Rambla de S. José n.^o 18, tienda «La vid.»

Se suplica la reproducción de este sueldo.

SECCION DOCTRINAL.

Las epidemias.

Cuando una de esas terribles enfermedades que diezman aún las poblaciones donde se fijan, aparece entre nosotros; casi involuntariamente nos dirigimos las siguientes preguntas: ¿Dónde está la justicia de Dios? ¿Dónde su misericordia? Y si la religión á que nos hemos afiliado, ó el sistema filosófico que hemos adoptado, no responden racional y categóricamente á nuestras atrevidas insinuaciones, grave peligro corremos de caer, cuando menos,

en el más deplorable escepticismo. Y es que el hombre, sér racional é inteligencia capaz de comprender el magnífico ideal de la justicia absoluta, rechaza en Dios, tipo supremo de todo lo verdadero, bueno y bello, cuanto deje de estar conforme con la más estricta justicia y la razon más perspicua.

El mal existe aún en nuestro planeta. Este es un hecho innegable, puesto que con lamentable frecuencia se ofrece á nuestra vista. ¿Qué significa en el vasto plan de la creacion? ¿Es un absurdo, como pretenden algunos; absurdo que implicaría forzosamente la no existencia de un Ordenador supremo, ó cuando menos, su criminal incuria respecto de su obra? ¿Es, por el contrario, una pieza útil, necesaria, en el organismo y sin la cual, hoy por hoy, dejaría de progresar el planeta y los que en él moramos? Si es esto último; si el mal desempeña una misión social é individual, al mismo tiempo, en nuestro globo, queda para siempre probada la existencia del supremo Ordenador y su eterna, universal y sabia Providencia. Y hé aquí cómo de un hecho al parecer insignificante por su visible materialidad; cómo de la material presencia de una epidemia, toma pie el Espíritu del hombre para remontarse á la cuestión más radical, al problema más importante: la existencia ó no existencia de Dios.

No se nos objeta que éste puede existir, existiendo el mal sin objeto útil y justo para el hombre. Un Dios injusto y caprichoso, un Dios que permita que un cruel azote diezme infructiferamente poblaciones enteras, deja de ser Dios; porque viene á ser inferior á la razon humana, su obra, que concibe sin esfuerzo alguno un más completo tipo de perfección. O Dios es, y es siempre justo y siempre racional, ó no es: ésta es la cuestión, como diría Hamlet.

Y no se nos diga, como repite á cada momento el vulgo, que sufrimos y callemos; que Dios sabe lo que hace, y que no nos toca á nosotros pedirle cuentas de su conducta; no se nos aconseje, en una pa-

labra, la resignación estoica que sólo existió en el buen deseo de los fundadores de semejante sistema filosófico. Si, nosotros proclamamos la suprema sabiduría del Eterno; asentamos, como signo de perfección moral, la humildad de la razon humana; preciamos, y en grado sumo, la paciencia resignada; pero protestamos al mismo tiempo, contra la absurda exigencia de querer que hagamos caso omiso de nuestra razon y de nuestra sensibilidad. Si ésta y aquélla son, como no puede negarse, dones del Hacedor, debemos hacer uso de ellos; debemos, encaminándolos al bien, ponerlos en ejercicio. Mutilarlos ó prescindir de semejantes dones, vale tanto como corregir la obra de Dios, y esto sí, que no le es lícito al hombre, sin incurrir en responsabilidad.

Queremos y debemos ser resignados como Jesús, el divino modelo ofrecido á la universal y eterna imitación de las criaturas racionales; y Jesús fué admirablemente resignado, porque sabía á ciencia cierta que su pasión y muerte respondían directa é inmediatamente á un objeto útil y justo para él y para la humanidad, que venía á regenerar. De modo, que el divino Maestro dominó su sensibilidad; porque su razon comprendía la justicia y la utilidad de sus padecimientos. La justicia, por cuanto voluntariamente había solicitado y obtenido aquella difícilísima misión, y justo era que cumpliese lo que había prometido, la utilidad, por cuanto cooperaba á la regeneración de la humanidad terrestre, y aún aparecía más radiante y digno á los ojos del celeste Padre, él que, por puro amor á los otros, se sometió á tantos y tan grandes males.

Para nosotros es axiomático este principio: *La resignación es imposible con la creencia de que el mal es un accidente sin objeto determinado.* Y debemos procurar ser resignados en todos nuestros pesares y sufrimientos, ya que éste es el único medio de hacernos dignos ante Dios, y de mantener á aquéllos en sus propios naturales límites, si no es que

con la resignacion consigamos disminuirlos siempre y áun curarlos de raiz y súbitamente. La resignacion es preservativo y surativo de no pocos males. Pero ¿cómo obtenerla? Yá lo hemos dicho; ejercitando la razon, cultivando nuestra inteligencia, á fin de descubrir esta grande y consoladora verdad: **EL MAL DESEMPEÑA EN LA TIERRA UNA MISION QUE REDUNDA EN PROVECHO NUESTRO.** Véase, pues, cómo, sin revelarnos contra la Providencia debemos procurar descubrir, por medio del estudio, las intenciones divinas respecto de sus criaturas.

Abundando en estas ideas, el economista Federico Bastiat, en su muy notable obra *Las armonias económicas*, asegura que el mal es un elemento de constante progreso, que tiene una misión que cumplir en el mecanismo social, y que esta misión es la de limitarse á sí mismo. Pongamos por ejemplo las epidemias á fin de hacernos cargo de la teoría de Bastiat. Parece á primera vista que todo en ellas es malo, que ningún beneficio reportan á la humanidad. Pues no es así, puesto que, deseoso de librarse de su perniciosa influencia, el hombre las estudia con detención, y concluye por conocerlas lo bastante para dominarlas, siendo muy de advertir que la repetición de una misma epidemia favorece su radical extinción, yá que se ofrece con mayor frecuencia al estudio. De modo, que en realidad el mal se limita á sí mismo y coopera al progreso social, con lo cual dicho queda que en nada amenga la justicia y misericordia del Hacedor supremo.

La teoría de Bastiat es exacta; pero incompleta, puesto que sólo explica la misión social del mal. La dada por el Espiritismo la completa, pues sobre poner de manifiesto otros aspectos de la misión social del mal, le asigna otra puramente individual, de manera que, evitando el grave inconveniente de sacrificar el individuo á la colectividad, los presenta á ambos favoreciéndose mutuamente en virtud de la sublime ley de la solidaridad, que preside

á la vida de los mundos y de las humanidades en ellos encarnadas.

Las epidemias —concretando á ellas toda la cuestión— se limitan á sí mismas, como dice con sumo acierto el economista francés, y además, como con no menos acierto añade al Espiritismo, preparan las renovaciones sociales, librando á los mundos de ciertos obstáculos que se oponen á su ascension en la gerarquía, y favoreciendo la encarnación de Espíritus de un orden más elevado que, para dar comienzo al cumplimiento de su misión regeneradora, sólo esperan que desaparezcan los estorbos que pueden hacerlas infructíferas. La muerte es siempre un instrumento de regeneración para los mundos; pero en ciertas ocasiones, se hace indispensable que aquella abarque mayor número de existencias. En las épocas de transición, sobre todo, son poco menos que indefectibles semejantes mortandades, que parecen verdaderas atrocidades, cuando se tienen ideas erróneas ó mezquinas sobre la vida, futura; pero que quedan reducidas á su justo límite, cuando con el Espiritismo se vé en la muerte un mero cambio en el modo de vivir.

Por otra parte, la muerte es un elemento de progreso individual. Los que separándose de la material envoltura del cuerpo terrestre, regresan al mundo de la erradicidad, llegan á él no para extasiarse en inútiles contemplaciones, ó retorcerse entre eternos e infructuosos tormentos, sino para contemplar el mal que han hecho; el bien que han dejado de hacer, y solicitar de Dios la nueva existencia que ha de permitirles, después del arrepentimiento, la rehabilitación de sus culpas. Véase, pues, como el mal, considerado en su generalidad, y las epidemias en especial, responden á un objeto laudable, á un doble fin que redunda siempre en provecho nuestro, quedando así justificada la misericordia del Eterno. Pero adviértase que, fuera del Espiritismo, de la ley de pluralidad de existencias del alma y de la noción que dà áquel de la vida futura, semejante jus-

tificación es imposible ó incompleta, cuando ménos. El Espiritismo es, pues, una doctrina filosófica, grave y mucho más perfecta que las que le han precedido en la esfera de los humanos conocimientos, puesto que resuelve racional y satisfactoriamente cuestiones insolubles hasta ahora. Esto debiera indicar á muchos lo conveniente que es el no crearle obstáculos, el no dificultarle su difusión, y á otros la necesidad en que están de estudiarlo á fondo y desapasionadamente ántes de juzgarlo desfavorablemente como lo hacen.

Para concluir es indispensable que hagamos una advertencia muy importante. El Espiritismo dice: las epidemias son un mal, pero producen beneficios á la sociedad y al individuo; la muerte es un accidente casi siempre doloroso, pero siempre redundá en provecho del hombre; debemos, pues, aceptar la una y las otras como elementos de regeneración y, resignándonos al *mal relativo* que nos amenaza, dar gracias á Dios por el bien que, valiéndose de aquél, se dispone á proporcionarnos. Esto dice el Espiritismo, pero añade: á pesar de todo, hemos de esforzarnos incesantemente y por todos los medios que están á nuestro alcance; hemos de esforzarnos para que las epidemias desaparezcan, para que se reduzca el número de sus víctimas, y para que la muerte no se ensañe tanto en nuestros semejantes. El mal, aunque ocasione beneficios, es siempre el mal, y todos los hombres amantes del cumplimiento del deber, han de procurar su completa extinción.

CARTAS SOBRE EL ESPIRITISMO,

POR UN CRISTIANO.

XVII.

*Al Señor abate Pastoret, Canónigo honorario y Capellan de la casa de*** en Valence.*

Paris 10 de Febrero de 1865.

Querido señor abate.

Como dice al principio de esta corres-

pondencia, un número bastante considerable de sacerdotes, juzgando nuestra doctrina por sus eficaces resultados, la aceptan unos oficialmente, otros tácitamente. Muchos, lejos de condensar nuestras prácticas, las han predicado abiertamente. Hé aquí el extracto de un sermon pronunciado en un pueblo del departamento del Aisne, y en una iglesia cuyo arcipreste se había pronunciado fuertemente contra los espirituistas del país.

«Yo no me explico de otra manera —dijo este predicador— todos los hechos milagrosos, todas las visiones, todos los presentimientos, mas que por el contacto de los seres que nos son queridos y que nos han precedido en la tumba, y si no temiera levantar un velo asaz misterioso, ó hablarlos de cosas que no serian comprendidas por todos, me extenderia muy largamente sobre este asunto. *Miento inspirado*, y obedeciendo á la voz de mi conciencia, no sé como induciros á guardar el recuerdo de mis palabras: creed en ese Dios del cual emanen todos los Espíritus y en quien debemos reunirnos todos un dia.»

«Este sermon á Dios gracias —dice Allan Kardec en la *Revue Spirite*— no es el solo de este género; nos han hablado de otros en el mismo sentido, más ó ménos acentuados, que han sido predicados en París y en los departamentos; y cosa rara, en un sentido diametralmente opuesto, predicados el mismo dia, en la misma población y casi á la misma hora. Eso no tiene nada de sorprendente, porque hay muchos ilustrados eclesiásticos, que comprenden que la religión no deja de perder algo de su autoridad oponiéndose á la irresistible marcha de las cosas; y que, como todas las instituciones, debe seguir el progreso de las ideas, bajo pena de recibir más tarde —en caso contrario— el desaire de los hechos.

Ahora bien, en cuanto al Espiritismo, es imposible que muchos de esos señores no hayan llegado á convencerse por sí mismos de la realidad de las cosas; y conocemos personalmente más de uno en este caso. Uno de éstos decía un dia: —«Pueden prohibirmelos de hablar en favor del Espiritismo; pero, obligarme á hablar contra mi convicción, á decir que todo eso es obra del demonio, cuando tengo la prueba material de lo contrario; eso no lo haré jamás.»

De esa divergencia de opiniones, resulta un hecho capital, y es, que la doctrina exclu-

siva del Diablo es una opinión individual, que deberá necesariamente ceder ante la experiencia y la opinión general. Que algunos persistan en su idea hasta *in extremis*, es posible; pero pasarán, y con ellos sus palabras.»

La opinión del predicador de Channy me recuerda una carta dirigida desde Sicilia á M. Allan Kardec, escrita en Italiano, y que tuve ocasión de traducir. Aunque no tenga relación con el objeto de mi carta de hoy, la creo bastante interesante, caro abate, en razón á los firmantes, para daros algunos extractos que vienen en apoyo de mi tesis.

«Italia, Sicilia 21 de Octubre de 1861.

Señor Allan Kardec.

Hace poco tiempo que han llegado aquí, procedentes de París, varias obras sobre el Espiritismo. Después de haberlas leido atentamente, sentimos la necesidad de ponernos en relación directa con V.

Entre esas obras, se encuentran el Libro de los Espíritus, y el de los Médiums escritos y publicados por V. en 1860 y 1861.

El Libro de los Espíritus es excelente, y puede ser considerado como la mejor obra de moral divina que haya sido publicada en los tiempos modernos. En su composición, nada deja que desear. Toda la doctrina relativa al Espiritismo y á la filosofía trascendental está desarrollada en él, con un cuidado y una elevación á la que ningún hombre nunca ha llegado. Todo sorprende en esa obra, de tal modo está fuera de las rancias vulgaridades de la santiguas filosofías; pero lo que es admirable, es una grandeza de miras, un espíritu de mansedumbre y de tolerancia que nada conmueve, que se mantiene sin fatiga, al tratar de materias diferentes, y que se vuelve á encontrar hasta en las respuestas amenudo opuestas, de los Espíritus de cada clase. Multiplicando sus experimentos, en un orden severamente lógico, y haciendo una elección siempre juiciosa, M. Allan Kardec ha llegado á establecer una doctrina seguida y concluyente.

En el Libro de los Médiums, el autor describe claramente la parte experimental, demuestra los diversos modos de operar, y enseña á vencer las dificultades tan numerosas en ese género de operaciones puramente especulativas. Sin pretender la infalibilidad, prueba sin embargo que la verdad está allí. Haciendo por decirlo así, asistir á los ensa-

yos de un medium, dá los procedimientos accesibles á cada uno. El autor no impone sus ideas al lector, puesto que éste puede convencérse inmediatamente por experiencia propia.

En resumen esa doctrina es mas consoladora que ninguna otra, está más en relación con la justicia de Dios, y revela sino una nueva ley, por lo menos una ley desconocida hasta hoy: la reencarnación, que constituye por decirlo así el éje en el que se reanudan todas las demás ideas de ese bello sistema.

Esta doctrina que asegura la suerte de todos desembarazándonos de la horrible creencia en las penas eternas es de la más alta importancia; sólo queda por desechar que venga á ser segura é infalible.

Nosotros que no podemos, sea por imotencia relativa, sea por nuestra posición especial, hacer ensayos y experimentos, y que no obstante deseamos estar completamente al corriente de las manifestaciones espiritistas de vuestros médiums, os rogamos encarecidamente os digneis dirigirnos todos los escritos que tratan de la materia, y sobre todo la colección completa de vuestra *Revue Spirite*.

Entre tanto, señor nuestro, permitid que os digamos que la ciencia espiritista de vuestros libros ha producido aquí una sensación grande, y que ella nos ha hecho reconocer la poca importancia de nuestros estudios sobre las Escrituras, que habíamos mal comprendido, y de consiguiente mal comentado. Estad persuadido que sabremos, cuando se presente la ocasión; empezar á ser celosos defensores de esa nueva doctrina y áun la predicaremos públicamente cuando hayamos obtenido la confirmación cierta de todo lo que vuestros médiums han escrito, sobre el principio de la reencarnación de las almas.

Creednos siempre, vuestros muy humildes servidores:

MARIO, Cura parroco.

ALEJANDRO, Presbítero.»

En consecuencia, mi querido abate, podéis ver que no todo el clero es hostil al Espiritismo, y que á pesar de los tiros de los R. P. jesuitas y de la artillería de grueso calibre de las pastorales, contamos con numerosos partidarios entre los sacerdotes, para quienes el raciocinio y la lógica no son palabras vacías de sentido.

«Hay un comercio santo y santificante con los Espíritus de los muertos,—exclama el R. padre Nampon—y es el que practica la Iglesia, cuando ruega por las almas de los justos detenidas en el purgatorio por la necesidad de la expiación que han de sufrir.»

Vamos, id francamente al objeto y decid que no encontrais bueno sino el *comercio* que haceis vosotros vendiendo esas misas que vuestra famosa órden se encarga de decir de buena gana, y añadid que el Espiritismo os parece más formidable, porque amenaza minar por su base ese manantial oculto del presupuesto de vuestra sociedad. Vuestros casuistas nos han enseñado cómo pueden sacarse dos ganancias de una misma cosa, haciendo servir una misma misa á dos fines distintos; y sabemos Reverendo padre, que vuestras mangas son de una anchura proverbial, y que la intención de decir una para éste y para el otro, basta para considerarlas como dichas para cada uno. La cuestión es tener dinero, y como dice Escobar: «El fin justifica los medios.»

No vayais ahora á deducir de mis palabras que yo vitupere las misas ni las plegarias por los muertos. Nós, señor abate, nós. Solo me quejo de la manera deshonrosa con que ciertas órdenes especulan. Es bien sabido que nuestra doctrina, mas que ninguna otra, tiene para con los muertos el más respetuoso de los cultos, y que en todas nuestras oraciones invocamos al Todopoderoso por los que han dejado la tierra, y en consecuencia, lejos de combatir la oración para ellos, el Espiritismo la recomienda expresamente.

Meditad estas reflexiones, querido señor Pastoret, y tened la bondad de dar mis recuerdos á Clotilde y á su mamá.

Vuestro respetuoso servidor N. N.

ESPIRITISMO TEÓRICO-EXPERIMENTAL.

Kant y Swedenborg.

La Patrie del 14 de junio último dice lo siguiente, bajo la firma de M. Enrique Berthoud, y haciendo referencia á un artículo de Paul Janet inserto en el *Journal des Savants*, en el cual hace notar la coincidencia de

que Kant, representante ilustre de la escuela escéptica, confirma muchas de las visiones y otros hechos notables de Swedenborg, el ilustre vidente. Dice así *La Patrie*:

«Swedenborg no es un charlatán, sino un iluminado digno de figurar entre los más raros personajes de Hoffmann: *el hombre de arena y el consejero Crespel* no le llegan á los tobillos. Antes de conferenciar con los muertos y de penetrar en los misterios del cielo, Swedenborg fué un matemático, orgullo del Colegio de minas de Stocolmo; la Academia de Ciencias de San-Petersburgo le hizo puesto entre sus miembros; la de París hizo traducir al francés su *Tratado de los hierros* y lo insertó en la *Descripción de las artes y oficios* publicada por ella, y en fin, Swedenborg dióse á conocer como ingeniero militar sin rival. El fué quien, durante el sitio de Frederichshall, en el que sucumbió Carlos XII, encontró —gracias á unas máquinas rotatorias y á una vía férrea bastante parecida á nuestros rails— el medio de trasportar la artillería de grueso calibre, dos galeras y dos cañoneras junto á aquella ciudad, protegiéndola así por mar y por tierra, lo que le valió de la reina Ulrica-Leonor la nobleza hereditaria.

«De repente este hombre grave, este sábio positivista se convirtió en inspirado y visionario, ó se hizo pasar por tal —como mejor os parezca— y no tardó encontrar, entre sus adeptos una parte de Europa, y hasta al mismo Kant.

«En efecto, á Kant se debe el relato de los hechos sobrenaturales de Swedenborg, á Kant el vulgarizador de la filosofía de Leibnitz y el fanático de Newton.

«Era en 1756, dice, hacia fines del mes de Setiembre, un sábado á las cuatro de la tarde, regresando de Inglaterra en compañía de quince personas. Swedenborg, que había salido, entró en la sala pálido y consternado, y dijo que en aquel mismo instante acababa de estallar un incendio en Stocolmo, en el Södermahn, y que el fuego se extendía con violencia hacía su casa. Salieron muy inquieto varias veces; añadió que la casa de uno de sus amigos, á quien nombró, estaba reducida á cenizas, y que la suya corría peligro. A las ocho después de una nueva salida, exclamó con alegría: «A Dios gracias, el incendio se ha extinguido á tres puertas de mi casa.» Esta

noticia conmovió á la sociedad y á toda la ciudad. Aquella misma noche, se informó el gobernador, quien, el domingo por la mañana, hizo llamar á Swedenborg y le interrogó sobre el particular. Swedenborg describió circunstancialmente el incendio, su principio, fin y duracion. Pues bien; el lunes por la noche llegó á Gotemburgo una estafeta despatchada por el comercio de Stocolmo, durante el incendio.

«En una de las cartas se describia el incendio exactamente lo mismo que lo había deserito Swedenborg. El mártes por la mañana llegó igualmente un correo de gabinete con la relacion del incendio, de las pérdidas causadas y las casas quemadas. Entre estas indicaciones y las dadas por Swedenborg, no había la más mínima diferencia. En efecto, el incendio había sido extinguido á las ocho.»

«Otra vez — seguimos refiriéndonos á Kant— Mdme Harteville, viuda del ministro holandés en Stocolmo, poco despues de la muerte de su marido, recibió del platero Croon la enuenta de un objeto de plata que le había hecho hacer el difunto M. Harteville. La viuda, aunque persuadida de que su marido había pagado la deuda, no podía producir el recibo.

«En este apuro, se dirigió á Swedenborg. Despues de algunos rodeos, le dijo que, si tenía, como decia, el extraordinario poder de hablar con los muertos, se informase con su marido de si era fundada la reclamacion del platero. Swedenborg consintió.

«Tres dias despues, Swedenborg le dijo con suma sangre fria que había hablado con su marido, que la deuda en cuestión había sido pagada siete meses ántes de su muerte, y que hallaría el recibo en un armario del piso alto. La señora le contestó que aquél había sido revuelto de arriba á abajo, sin que, entre los papeles, se hubiese encontrado el recibo. Swedenborg replicó, que el difunto le había escrito que, abriendo el cajón de la izquierda, se veía una tabla que debía quitarse, que enseguida se hallaría un escondite donde estaba su correspondencia secreta con la Holanda, entre la cual encontrábase el recibo deseado. A esta indicacion, la señora subió al piso en compañía de muchas personas que, en aquel momento, estaban con ella. Abrióse el armario, y se encontró no sólo el escondite hasta entonces ignorado, si que

tambien los papeles indicados, en cuyo número se contaba el buscado. Puede sin trabajo figurarse el lector la admiracion de todos los asistentes.

«Habiendo oido decir la reina que había un hombre que hablaba con los muertos, deseó ver á Swedenborg, quien le fué presentado por el conde Schefter. Preguntóle si era cierto que mantenía comercio con los muertos, á lo que contestó afirmativamente; con cuyo motivo, rogóle la reina que se encargase de una comision para con su hermano recien muerto.

«—Con toda el alma, repuso Swedenborg.

«Entónces la reina, acompañada del rey y del condé, se apartó con él hasta el antepecho de una ventana, y le confió la comision. Algun tiempo despues, Swedenborg volvió á la corte con Schefter. La reina le dijo:

«—Hebeis cumplido mi comision?

«—Lo está yá. Y cuando le comunicó el resultado, sintióse mal repentinamente. Vuelta en sí, sólo pronunció estas palabras:

«—Ningun mortal podía habérmelo dicho!

«Como historiador verídico debemos añadir que, más tarde, en 1768, Kant, despues de haberse mostrado tan crédulo y entusiassta respecto de las visiones de Swedenborg, lo combatió y dijo, en sus *Sueños de un visionario*, que había sido bastante condescendiente para buscar la «verdad de algunas narraciones de esta especie, y que encontró, como sucede á menudo, que á nada se reducian, y que sólo las ofrecía como rumores públicos cuyo valor es poco cierto.»

«Añadamos que, en esta época, Kant empezaba á ser escéptico por el estilo de Hume, y pensaba en fundar la filosofía crítica.

«Digamos además para completar estas singulares historias de doble vista, que el embajador de Dinamarca en Stocolmo, el general Tuxen y muchos otros personajes de aquellos tiempos, afirman haber sido testigos oculares de tres prodigios del autor de *Arcaea caelestia*. En fin, si hemos de dar crédito á Tofet, autor aleman, Kant adoptó, más tarde, su primera opinion sobre Swendenborg.» (1)

No es la vez primera que nos ocupamos de algunos de los hechos extraordinarios, nar-

(1) Toda esta larga cita la tomamos de nuestro apreciable colega LE PHARE, n.^o 3. que vé la luz pública bimestralmente, en Liege, Bélgica.

rados en las anteriores líneas. Yá en nuestra *Revista* de Febrero pág 37, insertamos un artículo titulado *Utilidad de las manifestaciones físicas*, debido á la pluma autorizada del erudito escritor Andrés Pezzani, y en el cual se hace mención de las opiniones de Kant sobre Swedenborg, y de las de Strauss sobre otros fenómenos análogos á los producidos por medio del ilustre vidente, que tanto llamó la atención en el siglo pasado. Pezzani, después de hacer patentes las categóricas afirmaciones de Kant y Strauss, conocidos escépticos, respecto de la existencia del mundo invisible, y aun de la futura posibilidad de comunicar con sus moradores, demuestra con lógicos saciocinios cuan necesarios fueron, y son todavía, los fenómenos puramente materiales con que se inició el Espiritismo moderno. Strauss, hombre consagrado con perseverancia al estudio bastante desmaterializado en consecuencia, necesitó, para confesar el mundo invisíble, que una extática, inundándolo, por decirlo así, en su fluido, lo convolviese de un modo extraordinario. Kant se rindió á los sorprendentes fenómenos de que era instrumento Swedenborg. Y esto sucedía en una época en que no imperaba tanto como hoy el mundo de la materia, y en que no había adquirido tanto predominio el *hecho* como procedimiento de exactitud científica. ¡Qué extraño, pues, que hayan sido precisas en nuestros días las mesas giratorias! Dios, en su infinita sabiduría, habla á cada generación, y áun á cada persona, el lenguaje que es capaz de comprender. No nos burlemos, por lo tanto, de la *danza de las mesas*; compadeczámonos ántes de nosotros mismos, que hacemos necesarias aún semejantes materiales pruebas de las cosas inmateriales.

No es éste, sin embargo, el orden de consideraciones en que queremos entrar, en los actuales instantes. Queremos sí, partiendo del arteculo de M. Berthoud, inserto en *La Patrie*, fijarnos, aunque brevemente, en la particular especie de espíritu crítico que se emplea en el examen del Espiritismo. Parece que, tratándose de él, se olvida todo, hasta los más sencillos principios de la lógica.

M. Berthoud hace plena justicia á Swedenborg, le reconoce sus grandes méritos como hombre de ciencia; confiesa su talento; le admira, en una palabra; y no vacila em-

pero, en compararle á los fantásticos personajes de los cuentos de Hoffman, y en llegarle á creer capaz de hacerse pasar por visionario. ¿Puede concebirse nada mas ilógico que semejante conducta en un escritor grave? Parece natural que, tratándose de un *sabio positivista*, de un *matemático*, de un *ingeniero sin rival*, se debiera tener sumo cuidado en emitir pareceres acerca de sus opiniones sobre la vida futura y las relaciones de los muertos con los vivos. Pues, lejos de suceder así, acontece todo lo contrario. Ahí está Swedenborg: la Europa le respetaba; las Academias se honraban con acogerle en su seno, sus obras le grangeaban honra y prez; todos le admiraban como sabio consumado, y de repente se vé mirado con cierto desden y calificado de *visionario*. Esta palabra tiene un sentido muy lato en semejantes casos, y tras de ella se oculta siempre la idea de perturbación mental.

Mas ¿por qué pasa con tanta rapidez el *sabio positivista* á la categoría de demente? Porque, adelantándose á su siglo, confiesa por experimentación material externa la existencia del mundo invisible y las relaciones directas y personales de los muertos con los vivos; porque, para decirlo claro, se aparta de la creencia del vulgo. Y en vez de estudiar lo que afirma un hombre que, por su talento y ciencia, es digno de respeto y consideración; en vez de procurar indagar la certeza de lo que él asegura; en vez de hacer prueba de *verdadera cordura*, se le desprecia y se le llama visionario, es decir, loco. Hasta se deja entrever que, en un solo instante y como por encanto, aquel hombre, ántes sabio y repetible, se cambia en despreciable e ignorante.

Esto no es nuevo, lo sabemos. La historia de Sócrates, á quien M. Lélut ha calificado claramente de loco, en pleno siglo XIX; la de Cristo, á quien llamaban loco y endemoniado los escribas y fariseos; la historia del génio, para decirlo de una vez, es la historia de Swedenborg. Con esto dicho se está que él, y no el vulgo de las gentes, tenía razón y continúa teniéndola contra sus detractores, que son los mismos del Espiritismo.

Y no importa que otro sabio, positivista también y escéptico, por añadidura, no importa que el mismo Kant, á quien no cesan de citar nuestros actuales filósofos,

abone á Swedenborg y narre sucesos extraordinarios por éste producidos y por aquél presenciados; hasta del génio de Kant se duda entonces, y el gran mantenedor del idealismo escéptico corre peligro, si no se retracta, de ser llamado fanático primero, y enseguida visionario y loco. De modo que en estos tiempos que corremos, ó es preciso ser materialista, no creer mas que en lo presente, ó creer á piés juntillas lo que el vulgo admite sobre la vida futura, á pesar de que la ciencia positiva lo rechace terminantemente. ¡Y de los que esto exigen de nosotros, unos se llaman cristianos, y otros libre-pensadores, es decir, tolerantes y caritativos!..

Mas no nos desanimemos por estas contrariidades que dán objeto meritorio á la vida de prueba que llevamos en este planeta; tomémoslo todo con paciencia y resignación, firmes siempre en el cumplimiento del deber y en el ejercicio de la caridad bajo todas sus múltiples fases. El triunfo de la verdad y de la justicia, encarnada estas y aquella en el Espiritismo, está irremisiblemente asegurado á pesar de la mala voluntad de unos y el desaliento de otros. Inquebrantables en esta revelación de la fe confirmada por la razón, sirvanos de norma y de consuelo á nosotros, soldados de las últimas filas, la conducta de los grandes bienhechos de la humanidad. Si ellos fueron despreciados, calumniados y escarnecidos, ¿por qué ha de sorprendernos que lo seamos nosotros? Si ellos lo sufrieron sin ira y sin decaimiento ¿por qué hemos de irritarnos y desfallecer nosotros?

Z.

Una aparición.

Varios periódicos españoles tradujeron del inglés e insertaron en sus columnas, una serie de artículos que, con el título *Diario de un médico* se publicaron en Londres. En ellos se leen una porción de sucesos, que sólo hoy por el Espiritismo pueden explicarse, y que escritos en un tiempo en que éste no se conocía todavía (el periódico del cual lo tomamos está impreso en 1830) sólo se notaban como hechos raros y... nada más, puesto que no se daban cuenta de ellos.

Demos á conocer uno de ellos, que pertenece al artículo *Agonia de un sabio*.

La escena que copiamos tiene lugar entre el protagonista, el sabio Mr. E.*** y el Doctor que es quien refiere el suceso.

«Espero que no me tendrá V. por supersticioso y embustero; por lo tanto, aunque atribuya V. á mi estado enfermizo la relación que voy á hacerle, estoy cierto de que no pondrá en duda la verdad de mis palabras. Yo mismo estoy por creer que ha causado este fenómeno una ilusión singular, resultado de la debilidad de mis órganos.

«Acababa ayer de tomar el té con mi hija, y sentía necesidad de descanso. Tengo costumbre de dar ántes de acostarme una ojeada á mi laboratorio, para asegurarme por mí mismo de que todo está en su lugar correspondiente, y de que no corremos ningún peligro.

«Cuando entré ayer en esa sala como acostumbro, con la luz en la mano, vi con sorpresa que no estaba solo en el aposento. Un personaje, vestido de negro, llevaba una bujía que despedía una débil claridad.

«Me detuve pasmado.

«El personaje no paró en mí la menor atención.

«Púsose á cerrar los armarios, á arreglar los utensilios, los vasos, á limpiar las vasijas y á colocar los libros en los estantes. Dio una vuelta por el laboratorio, sosegada, deliberadamente, pero sin hacer el menor ruido.

«Yo no sé que impulso de terror solemne se había introducido en mi alma. Permanecía mudo y no osaba interrumpirle. El parecía estar tan familiarizado como yo, con los utensilios de mi profesión.

«Le veía tan distintamente como le veo á V. y miraba todos sus movimientos con suma ansiedad.

«Entró en mi retrete, y le seguí, petrificado de terror. Allí mi negra fantasma prosiguió su tarea; cerró el telescopio, cubrió los tubos con su funda, encerró en su caja minúscula cronómetro; en una palabra, arregló todo el aparato astronómico que está cerca de la ventana; y encontrándose en fin cerca de mi mesa, cerró el escritorio con llave, echó mis plumas al fuego, derramó la tinta en las cenizas, y acabó por deponer encima del escritorio la llave que servía para abrirlle.

«Quise acercarme.

— «La aparicion hizo una breve pausa, se volvió hacia mí, me miró con aire grave, triste y suave, meneó la cabeza y dió un paso, entonces se apagó la bujía y nada más vi. El rostro de la fantasma me era bien conocido; sus facciones eran las del célebre Boyle (1), tal como le representa la lámina que vá al frente de su tratado del aire atmosférico.

— «El hecho es curioso.

— «Y tanto más, cuanto he tenido siempre gran veneracion á este gran hombre. Su vida es mi modelo, y sus doctrinas me son muy caras. ¡No encuentra V. muy singular que haya venido á cerrar mi tienda y á advertirme que cuidara mejor mis cosas? ¡No podria considerarse esta extraña visita, como una especie de consejo solemne, de aviso sobrenatural?

— «¡Qué! V., hombre tan sabio y reflexivo, ¡se dejaría turbar por un acontecimiento de esta naturaleza?

— «No, amigo mio; no lo crea V. No tengo esa flaqueza. Le aseguro á V. que no temo la muerte. Pero la cuestion filosófica, el fenómeno de semejante vision, embarga y atormenta mi pensamiento. ¡No encuentra V. esto natural? ¡No cree V. que en esta circunstancia hay un mundo de problemas que burlaran siempre la sagacidad humana?

— «Y qué diríamos los dos, si el resultado justificase el aviso del sabio y fantástico Boyle; si no debiese volver á tocar esos utensilios y esos instrumentos que con tanto esmero ha arreglado; si, en una palabra, tuviese como dije ya, que *cerrar mi tienda*? ».

Este presentimiento ó intuición se realizó, según refiere el autor de estas líneas. Pocos días después, espiró en sus brazos Mr. E.***

Era pues algo mas que una *ilusion singular resultado de la debilidad de sus órganos*, lo que vió el respetable anciano; es de creer que fué el Espíritu del mismo Boyle, que atraído por la simpatia ó sea por la *gran veneracion que tenía á este grande hom-*

bre, cuya vida fué su modelo, se le manifestó para avisarle que la hora de reunirse estaba próxima. Y así debió comprenderlo y así lo sentía, porque una alucinación no hubiera preocupado tan profundamente el ánimo de este varon tan fuerte.

En otro número continuaremos dando á conocer otros hechos no menos curiosos, que el mismo autor hizo públicos en su *Diario de un médico*. — A.

Enfermedad producida por el miedo.

Hé aquí lo que leemos en el *Moniteur* del 26 de Noviembre de 1857:

«Se nos ha comunicado el siguiente hecho, que viene á confirmar las observaciones practicadas sobre la influencia del miedo.

«El Dr. F... regresaba ayer á su casa despues de haber visitado su clientela. Habiéndole regalado, como muestra, una botella de excelente y legítimo rom de Jamaica, que el Dr. dejó olvidada en el coche. Algunas horas despues, hizo saber al jefe de la estacion que en el cupé de uno de sus coches se le había quedado por oido una botella de veneno muy activo, y que le suplicaba avisara á los cocheros que se abstuyesen de probar aquel líquido mortífero. Apenas hubo regresado el Dr. se le vino á llamar á toda prisa para tres cocheros de la referida estacion, que tenian horribles dolores de vientre. Mucho trabajo le costó tranquilizarlos y persuadirles de que habian bebido excelente rom, y de que su indisersion no produciria mayores resultados que el de propinar al momento un fuerte purgante á los culpables.»

Considerando que este fenómeno era digno de estudio, hicimos la siguiente consulta al Espíritu de S. Luis: ¿Podrás darnos una explicacion fisiológica de esa trasformacion de las propiedades de una sustancia inofensiva? Sabemos que puede producirla la accion magnética; pero en el hecho referido no habia emisión de fluido magnético. Sólo la imaginacion ha obrado; no la voluntad.

— Vuestro raciocinio es muy exacto con respecto á la imaginacion; pero los Espíritus atrasados que indugeron á los cocheros á co-

(1) Célebre fisico, químico y filósofo irlandés del siglo XVII; es conocido por sus admirables descubrimientos y tan notable por su talento como por su conducta privada. Fué autor de varias obras, las mas conocidas son: Experimentos sobre el aire atmosférico; Utilidad de la Física experimental; Tratado sobre las causas finales, etc.

meter semejante reprobable acción, lograron producir en la sangre de aquéllos, *en la parte material*, un espeluzno de miedo, que podríamos llamar temblor magnético, el cual pone rígidos los nervios y causa frío en ciertas regiones del cuerpo; y ya sabeis que toda sensación de frío en el abdomen produce cólicos. Fué, pues, aquél un modo de castigar que divirtió á los Espíritus que hicieron cometer el hurto y que les hizo reir á expensas de los que les indigñeron á pecar.

Mas, en todo caso, de hechos como éste no suele resultar la muerte, y se reducen á una lección para los culpables y á un pasa tiempo para los Espíritus ligeros. No es, pues, extraño que estén solícitos en empezar nuevamente cada vez que se les presenta ocasión propicia, y aun la buscan con ahínco. Esto podemos evitarlo —hablo por vosotros— elevándonos á Dios por medio de pensamientos menos materiales que los que acaricia el Espíritu de esas gentes. Tened cuidado, porque á los Espíritus ligeros les gusta mucho divertirse. Tal que se imagina decir una agudeza agradable á las personas que le rodean; tal que divierte á la reunión con sus chistes ó acciones, se equivoca á menudo creyendo que semejantes gestos, chistes y agudezas sólo de él provienen. Los Espíritus ligeros que les acompañan se identifican con esas personas; las engañan á menudo sobre sus propios pensamientos, y lo mismo hacen con los que las siguen y escuchan. En semejante caso, creéis habéroslas con un hombre de talento, y es un ignorante. Descendido en vosotros mismos, y comprendereis la exactitud de mis palabras. No creáis por esto que los Espíritus superiores son enemigos de la alegría. También gustan de ella, para seros agradables; pero las cosas á su tiempo.

Observación.—Diciendo que en el hecho referido no había habido emisión de fluido magnético, ibamos tal vez desacertados. Vamos á aventurar una suposición. Se sabe, pues lo hemos dicho, que por medio del fluido magnético, dirigido por el pensamiento, puede operarse la transformación de las propiedades de la materia; ahora bien; ¡no podría admitirse que, en virtud de la voluntad del médico que quería hacer creer en la existencia de un tósigo, y ocasionar á los ladrones las angustias del envenenamiento, hubo, aunque á distancia, una especie de magneti-

zación del líquido, que adquirió de tal modo nuevas propiedades, cuya acción se halló favorecida por el estado moral de los individuos, á quienes puso más impresionables el miedo? Esta teoría no destruye la de S. Luis sobre la intervención de los Espíritus ligeros en semejantes circunstancias. Nos consta que los Espíritus obran físicamente, valiéndose de medios físicos. Luego pueden servirse, para realizar sus designios, de los que ellos provocan, ó de los que nosotros les proporcionamos, sin saberlo.

Teoría del móvil de nuestras acciones.

M. R... corresponsal de la Academia francesa y uno de los miembros más eminentes de la «Sociedad parisense de estudios espiritistas», desarrolló, en una de sus sesiones las siguientes consideraciones como corolario de la teoría que se había dado á propósito de la enfermedad producida por el miedo, y que acabamos de exponer.

«Resulta de todas las comunicaciones dadas por los Espíritus, que éstos ejercen una influencia directa en nuestras acciones, solicitándonos los unos al bien y los otros al mal. S. Luis nos ha dicho: «Tened cuidado; porque á los Espíritus ligeros les gusta mucho divertirse. Tal que se imagina decir una agudeza agradable á las personas que le rodean; tal que divierte á la reunión con sus chistes ó acciones, se equivoca á menudo creyendo que semejantes gestos, chistes y agudezas sólo de él provienen. Los Espíritus ligeros que las acompañan se identifican con esas personas; las engañan á menudo sobre sus propios pensamientos, y lo mismo hacen con las que las siguen y escuchan.» Desprédese de esto que lo que decimos, no siempre proviene de nosotros, que muchas veces, lo mismo que los médiums parlantes, sólo somos intérprete del pensamiento de un Espíritu extraño que se ha identificado con el nuestro. Los hechos vienen en apoyo de esta teoría y prueban que con mucha frecuencia nuestros actos son también consecuencia de ese pensamiento que nos es sugerido. El hombre, pues, que obra mal, cede á una so-

licitacion, cuando es bastante débil para no resistir á ella, y cuando cierra el oido á la voz de la conciencia que puede ser la suya propia, ó la de un Espíritu bueno que con sus advertencias combate en aquél la influencia de un Espíritu malo.

Segun la doctrina vulgar, el hombre debe todos sus instintos á sí mismo que dimanan, yá de su organizacion física de la cual no es responsable, yá de su propia naturaleza, la que puede servirle de excusa, diciéndose que no es culpa suya el haber sido creado así. La doctrina espiritista es evidentemente más moral, pues admite en el hombre el libre albedrío en toda su plenitud. Diciéndole que, si obra mal, cede á una mala solicitud extraña, le deja toda la responsabilidad, puesto que le reconoce la facultad de resistir, lo cual es evidentemente mucho mas fácil que si tuviese que luchar con su propia naturaleza. Así, pues, segun la doctrina espiritista, no hay tentacion irresistible: el hombre puede siempre cerrar el oido á la voz material del que le habla, y lo puede en virtud de su voluntad, pidiendo á Dios la fuerza necesaria para conseguirlo, y reclamando á este efecto la asistencia de los Espíritus buenos. Esto es lo que nos enseña Jesús en la sublime oracion del *Padre nuestro*, cuando nos hace decir: «No nos dejes caer en la tentacion, mas libranos de mal.»

Observacion.—Al tomar por asunto de una de nuestras preguntas la anécdota que hemos referido, no esperábamos las aclaraciones que de ella han resultado. Vamos á añadir ahora nuestras propias reflexiones.

Esta teoría de la causa excitante de nuestras acciones se desprende evidentemente de toda la enseñanza dada por los Espíritus; y no sólo es sublime por su moralidad, sino que hasta realza al hombre ante sí mismo, demostrándole que es libre de sacudir un yugo obsesivo, como lo es de cerrar su casa á los impertinentes. Así deja de ser una máquina obrando por un impulso ageno á la voluntad, y se convierte en un ser razonable que escucha juzga y escoge libremente entre dos consejos.

Añadamos que, á pesar de todo, el hombre no está privado de iniciativa, y que no deja de obrar por movimiento propio, puesto que, en definitiva, es un Espíritu encarnado que conserva bajo la enyoltura corporal, las cualidades y los defectos que como Espíritu te-

nía. Las faltas que cometemos reconocen, pues, por causa primera la imperfección de nuestro propio Espíritu, que no ha alcanzado aún la superioridad moral que logrará un dia, sin que por esto carezca de libre albedrío. La vida corporal le es dada para que se purgue de las imperfecciones que lo hacen más débil y más accesible á las sugerencias de otros Espíritus imperfectos, que se aprovechan de ellas para tratar de hacerle sucumbir en la lucha que ha emprendido. Si triunfa en la lucha, se eleva; si sucumbe, permanece siendo el mismo, ni mejor, ni peor; mas tendrá que volver á empezar la misma prueba, lo que puede durar mucho tiempo. Cuanto más se purifica, más disminuye el número de sus debilidades, y ofrece menos acceso á los que le solicitan al mal. Su fuerza moral crece en razon de su elevacion y los Espíritus malos se alejan de él.

Pero ¿enáles son esos Espíritus malos? ¿Son acaso los que se llaman demonios? No son demonios en la acepción vulgar de la palabra; porque por éstos se entiende una clase de seres creados para el mal y perpetuamente condenados á él. Pero los Espíritus nos dicen, que todos se mejoran en un tiempo más ó menos largo, segun su voluntad, y que, mientras son imperfectos, pueden hacer el mal, como el agua no depurada puede propagar miasmas putridos y mórbidos. En estado de encarnación, se depuran, si hacen lo necesario para conseguirlo; en estado de Espíritu, sufren las consecuencias del mal que han hecho y las de lo que han dejado de hacer para mejorarse, consecuencias que también sufren en la tierra, puesto que las vicisitudes de la vida son á la vez expiaciones y pruebas. Todos esos Espíritus más ó menos buenos constituyen, cuando están encarnados, la especie humana, y como nuestra tierra es uno de los mundos menos adelantados, abundan en ella mas los Espíritus malos que los buenos. Hé aquí porque vemos tanta perversidad. Hagamos, pues, todos nuestros esfuerzos para no tener que volver después de la actual permanencia, y para hacernos dignos de ir á descansar á un mundo mejor, á uno de esos mundos donde reina el bien absoluto, y donde sólo como de un sueño pesado nos acordamos de nuestra permanencia en la tierra.

Los talismanes.—Medalla cabalística.

M. M... había comprado una medalla que le pareció notable por su singularidad. Es del tamaño de un escudo de seis libras. Su aspecto es argentino, aunque un poco aplomado. En las dos caras tiene grabados una multitud de signos, entre los cuales se notan plantas, círculos entrelazados, un triángulo, palabras ininteligibles ó iniciales en caracteres vulgares, además de otros caracteres extraños, algo semejantes á los árabes. Todo esto se halla dispuesto de un modo cabalístico, por el estilo de lo que se observa en los libros de magia.

Habiendo consultado M. M... á la Señorita J..., médium sonámbulo, sobre semejante medalla, le fué contestado que estaba compuesta de siete metales, que había pertenecido á Cazotte, y que tenía un poder especial para atraer á los Espíritus y facilitar las evocaciones.

M. de Caudenbemberg, autor de una relación de comunicaciones que tuvo, según él, como médium, con la virgen María, le dijo que era una cosa mala, que atraía los demonios. La Señorita de Guldenstube, médica hermana del barón de Guldenstube, autor de una obra sobre Pneumatografía ó escritura directa, le dijo que poseía una virtud magnética y que podía producir el sonambulismo.

Poco satisfecho de estas respuestas contradictorias, M. M... nos ha hecho ver semejante medalla, pidiéndonos nuestra opinión particular sobre ella, y rogándonos que consultásemos un Espíritu superior sobre su valor real, bajo el punto de vista de la influencia que puede tener. Hé aquí nuestra contestación. Los Espíritus son atraídos ó rechazados por el pensamiento y no por objetos materiales, que ningún poder tienen sobre ellos. Los Espíritus superiores han condenado en todos los tiempos el empleo de signos y deformas cabalísticas, y todo Espíritu que les atribuya una virtud cualquiera, ó que pretenda dar talismanes que huele á mágicos, revela su inferioridad, yá obre de buena fó y por ignorancia á consecuencia de antiguas preocupaciones terrestres que aún conserva, yá quiera burlarse á sabiendas de la credulidad

de los que le hacen caso. Los signos cabalísticos, cuando no son puramente fantásticos, son símbolos que recuerdan creencias supersticiosas en la virtud de ciertas cosas, tales como los números, los planetas y su concordancia con los metales; creencias nacidas en tiempos de ignorancia, y que se fundan en errores manifiestos, de los que ha dado buena cuenta la ciencia, demostrando lo que son los pretendidos siete metales y siete planetas. La forma mística e ininteligible de esos emblemas tienen por objeto imponer al vulgo, dispuesto á descubrir lo maravilloso en lo que no comprende. Cualquiera que haya estudiado la naturaleza de los Espíritus no puede razonablemente admitir sobre ellos la influencia de formas convencionales, ni la de substancias mezcladas en ciertas proporciones. Esto sería renovar las prácticas de la caldería de las brujas, de los gatos y gallinas negros y de las obras diabólicas. No sucede otro tanto con un objeto magnetizado que, como se sabe, tiene la propiedad de producir el sonambulismo, ó ciertos fenómenos nerviosos en la economía; pero entonces la virtud del objeto reside únicamente en el fluido de que está momentáneamente impregnado, y que se trasmite por vía mediata, y no en la forma ó color y mucho menos en los signos que puede contener.

Un Espíritu puede decir: «Trazad tal signo y por él reconoceré yo que me llamas, y acudiré;» pero en este caso, el signo trazado es sólo expresión del pensamiento, una evocación traducida á una forma material. Mas los Espíritus, cualquiera que sea su naturaleza, no tienen necesidad de semejantes medios para comunicarse. Los superiores jamás los emplean; los inferiores pueden hacerlo con la mira de fascinar la imaginación de las personas crédulas á quienes desean tener bajo su dependencia. Regla general: para los Espíritus superiores la forma es nada, el pensamiento lo es todo. Cualquier Espíritu que dé más importancia á la forma que al fondo, es inferior y ninguna confianza merece, aun en el caso de que algo bueno digese de vez en cuando, pues el algo bueno sería un medio de seducción.

Tal era nuestra opinión á propósito de los talismanes en general como medio de relación con los Espíritus. Excusado es decir que igualmente pensamos sobre todo lo que la

súpterior emplea como preservativo de enfermedades ó accidentes.

No obstante, para mayor satisfaccion del dueño de la medalla, y para profundizar más aún la cuestión, rogamos al Espíritu de San Luis, que se sirve comunicarse con nosotros, siempre que se trata de nuestra instrucción, que nos diese su parecer sobre el indicado punto. Hélo aquí:

«Bien haceis en no admitir, que objetos materiales puedan tener virtud alguna sobre las manifestaciones, sea para provocarlas, sea para impedirlas. Bastantes veces hemos dicho que las manifestaciones eran espontáneas, y que además nunca nos negábamos á responder á vuestro llamamiento. ¿Cómo podéis pensar que estamos *obligados* á obedecer á una cosa fabricada por los hombres?» —Con que objeto ha sido hecha esta medalla? —«Con el de llamar la atención de las personas que querían creer en ella. Puede haberla hecho algún magnetizador con la intención de hacer dormir á alguien. Los signos son puramente fantásticos.» —Se dice que perteneció á Cazotte; ¿podríamos evo-carle á fin de que nos diese alguna noticia sobre el particular? —«No es necesario; ocupaos con preferencia de cosas más serias.»

El ópío y el hatchis.

Escriben de Odessa á uno de nuestros abogados en Rusia que se halla actualmente en París, lo siguiente:

«Si asiste V. á una sesión espiritista, en casa de Mr. Allan Kardec, suplico á V. proponga esta pregunta muy interesante, sobre los efectos del ópío y del hatchis. ¿Toman alguna parte en ello los espíritus? ¿Qué sucede en el alma, cuyas facultades parecen triplicadas? Hay que suponer que se separa casi completamente del cuerpo, pues basta que piense en una cosa para verla aparecer, y esto bajo formas tan distintas que parece realidad. Ha de haber ahí una analogía cualquiera con la fotografía del pensamiento descrita en la *Revue spirite* de junio 1868, y en el *Génesis según el espiritismo* cap. XIV. Sin embargo en los ensueños provocados por el hatchis se ven á veces cosas en las que nunca

se pensó, y cuando se piensa en un objeto cualquiera, aparece en proporciones exageradas, imposibles. Piensa V. en una flor, y vé V. alzarse montañas de flores que pasan, desaparecen y reaparecen con una rapidez prodigiosa, y de una belleza y vivacidad de colores imposibles de describir. Piensa V. en una melodía, y oye V. una orquesta completa. Recuerdos tiempo há olvidados, vuelven á la memoria como si fuesen de ayer.

He leido mucho sobre el hatchis, entre otras la obra de Moreau de Taur; lo que más me ha gustado, es la descripción que de él dà un sábio doctor inglés (cuyo nombre no recuerdo), y que hizo experimentos sobre sí mismo. Los que yo he hecho con algunos amigos míos, han dado resultados medianos, lo que quizás procedería de la calidad del hatchis.»

Habiendo sido leida esta carta en la sociedad de París, el espíritu del doctor Morel Lavallée hizo la siguiente disertación:

Sociedad de París, (12 febrero 1869)

El ópío y el hatchis son anestésicos muy diferentes del éter y del cloroformo. Mientras que estos últimos, suspendiendo momentáneamente la adherencia del perispíritu al cuerpo, provocan un *desprendimiento particular* del espíritu, el hatchis y el ópío condensan los fluidos perispíritales, disminuyen su flexibilidad, los soldan al cuerpo, por decirlo así, y unen el espíritu al organismo material. En este estado, las visiones numerosas y variadas que se producen bajo la excitación de los deseos del espíritu, pertenecen á la clase del ensueño puramente material. El fumador de ópío se adormece para soñar, y sueña según lo desea, material y sensualmente. Lo que vé, son panoramas peculiares á la alucinación causada por la sustancia que ingirió. No es libre: está embriagado, y, lo mismo que en la embriaguez alcohólica, tomando el pensamiento dominante del espíritu una forma determinada, concreta, sensible, aparece y varía según la fantasía del dormiente.

Si la sensación deseada dà un resultado centuplico, esto procede de que el espíritu, no teniendo ya la fuerza y la libertad necesarias para medir y limitar sus medios de acción, obra, para lograr el objeto de sus deseos, con una potencia centuplicada por su estado anormal. No sabe ya proporcionar su modo de ac-

coin sobre el fluido perispiritual y sobre el cuerpo. De ahí, la diferencia de poder entre el efecto producido y el deseo que lo provoca.

Como se ha dicho ya en el ensueño espiritual, el espíritu desprendido del cuerpo va a recoger realidades, de las que muy amenudo sólo conserva un confuso recuerdo. En la alucinación procedente de los elementos opiados, se encierra en su jaula material en la que la mentira y la fantasía materializadas, se dicen cita.

El único desprendimiento real y útil, es el normal de un espíritu, deseoso de adelantar moral e intelectualmente. Los sueños provocados, sean cuales fueren, son siempre trabas para la libertad del espíritu, y una amenaza á la seguridad corporal.

El éter y el cloroformo que pueden, en ciertos casos, provocar el desprendimiento espiritual, ejercen una influencia particular sobre la naturaleza de las relaciones corporales. El espíritu se desprende del cuerpo, es verdad, pero no siempre tiene una noción exacta de los objetos exteriores. En la embriaguez del opio, se tiene un espíritu sano encerrado en un cuerpo embriagado, y sometido á las sensaciones sobreexcitadas de ese cuerpo. En el desprendimiento por el éter, se trata con un espíritu embriagado perispiritualmente, y substraído á la acción corporal. El opio embriaga al cuerpo; el éter ó el cloroformo embriagan al perespíritu; son dos embriagueces distintas, y que ponen cada una de ellas trabas de un modo diferente, al libre ejercicio de las facultades del espíritu.

Doctor Morel Lavallée.

Observacion. — Esta instrucción notable bajo muchos puntos de vista, tanto por la claridad y por la concisión del estilo como por la originalidad y la novedad de las ideas, nos parece destinada á derramar luz sobre una cuestión hasta aquí poco estudiada. Si se admite fácilmente la embriaguez corporal ó sensual, de la que tan numerosos ejemplos ofrecen los hechos de la vida ordinaria, desde luego, el estudio de la embriaguez perispiritual, si es que existe, parece escapar á las investigaciones de los pensadores. Quizá algunas reflexiones sobre esto, única expresión de nuestra opinión personal, no estarán demás aquí.

Ningún espiritista duda de que el hombre en su estado normal, sea un compuesto de tres principios esenciales: el espíritu, el pe-

rispíritu y el cuerpo. Si durante la existencia terrestre estos tres principios subsisten constantemente, deben necesariamente reaccionar el uno sobre el otro, y de su contacto resultará la salud ó la enfermedad, según haya entre ellos perfecta armonía ó desacuerdo parcial. (*Revue spirite de 1867, page 55. Les trois causes principales des maladies.*)

La embriaguez, sea cual fuere su causa y su asiento, es una enfermedad pasajera, un rompimiento momentáneo del equilibrio orgánico de la armonía general que es consecuencia de aquélla. El ser por completo, privado momentáneamente de razón, presenta á las miradas del observador, el triste espectáculo de una inteligencia sin timón, entregado á todas las inspiraciones de una imaginación vagabunda, que no gobiernan yá ni atemperan la voluntad y el juicio. Sea cual fuere la clase de embriaguez, tal es siempre, en todos los casos, el resultado aparente.

Sucede con el hombre, dominado por la embriaguez, lo que con un aparato telegráfico desorganizado en una de sus partes esenciales, que sólo transmitirá telegramas incomprensibles, ó bien no transmitirá nada, según si está la causa del desorden en el aparato productor, en el receptor, ó en fin, en el aparato de transmisión.

Y si examinamos ahora los hechos atentamente; ¿no parecen dar la razón á nuestra teoría? — Acaso la embriaguez del hombre dominado por el abuso de los licores alcohólicos se parece á los desórdenes provocados por la sobreexcitación, ó el agotamiento del fluido locomotor que anima al sistema nervioso? — No es acaso también una *embriaguez especial* la divagación momentánea del hombre herido repentinamente en sus más queridas aficiones? — Estamos completamente convencidos, que en el encarnado hay tres clases de embriaguez; la embriaguez material, la embriaguez fluida ó perispiritual, y la embriaguez mental. El cuerpo, el perispíritu y el espíritu son tres cosas diferentes asociadas durante la existencia terrestre, y el hombre no se conocerá á sí mismo psicológica y fisiológicamente, hasta que consienta en estudiar atentamente la naturaleza de esos tres principios y sus relaciones íntimas.

Lo repetimos, estas ligeras reflexiones son pura y simplemente la expresión de nuestra opinión personal, que no pretendemos imponer á nadie. Es una teoría particular que

creemos descansa sobre algunas probabilidades y que deseamos ver discutidas e intervenidas por nuestros lectores. La verdad no puede ser un privilegio para uno solo, ni para algunos. Se desprende de la discusion ilustrada y de la universalidad de las observaciones, únicos criterios de los principios fundamentales de toda filosofía duradera.

Agradeceremos á los espiritistas de todos los centros que tengan á bien incluir esta teoría entre los asuntos de estudio y transmitirnos las reflexiones ó las instrucciones que podrá motivar.

Conversaciones familiares de alira-tumba.

El suicidio de un ateo.

El Sr. J. B. D., fué evocado á ruego de uno de uno de sus parientes. Era un hombre instruido, pero imbuido á más no poder en las ideas materialistas, no creia ni en su alma ni en Dios. Se ahogó voluntariamente hace dos años (1861).

1. *Evocacion.*—Sufro! estoy condenado.

2. Se nos ha rogado que os llamáramos de parte de uno de vuestros parientes, que desea conocer vuestra suerte; os suplicamos nos digais si nuestra evocacion os es agradable ó penosa?—Penosa.

3. Fué voluntaria vuestra muerte?—Sí.

Observacion.—El Espiritismo escribe con suma dificultad; la escritura es muy irregular, convulsiva y casi ilegible. Al principio se encoleriza, rompe el lápiz y rasga el papel.

4. Calmaos; rogamos todos á Dios por vos.

—Me veo forzado á creer en Dios.

5. Qué motivo os indujo á suicidaros?—El fastidio de la vida *sin esperanza*.

Observacion.—Se concibe el suicidio cuando la vida es *sin esperanza*; quiere uno escapar de la desgracia á todo precio; con el Espiritismo se desarrolla el porvenir y la esperanza se justifica: el suicidio pues deja de tener un objeto; hay más aún, se reconoce que, por este medio, sólo se evita un mal para caer en otro cien veces peor. Hé ahí porque el Espiritismo ha arrancado ya tantas víctimas á una muerte voluntaria. ¿Se hallan

pues en un error y son acaso ilusos los que buscan ante todo el fin moral y filosófico? Cuán culpables son aquellos que se esfuerzan en acreditar con *sofismas científicos y sois-disant, en nombre de la razon*, esta idea desesperante, fuente de tantos males y crímenes, de que todo acaba con la vida! Ellos serán responsables, no sólo de sus propios errores, sino tambien de todos los males de que hayan sido la causa.

6. Habeis querido libraros de las vicisitudes de la vida; pero ¿qué habeis ganado en ello? sois ahora mas dichoso? — Porqué no existe la nada!

7. Tened la bondad de describirnos vuestra situacion lo mejor que podais.—Sufro al verme obligado á creer en todo lo que negaba. Mi alma es como un áscua de fuego; está horriblemente atormentada.

8. De dónde os provenian las ideas materialistas que teníais cuando vivíais?—En otra existencia había sido malo, y mi Espíritu estaba condenado á sufrir los tormentos de la duda durante mi vida; así es que me suicidé.

Observacion.—Hay aquí otro orden de ideas. A menudo se pregunta uno, cómo puede haber materialistas, puesto que, habiendo pasado por el mundo espiritista, se debería tener su intuicion; pero precisamente esa intuicion es la que, como castigo, se niega á ciertos Espíritus que han conservado su orgullo y que no se han arrepentido de sus faltas. La tierra, es preciso no olvidarlo, es un lugar de expiacion; hé ahí porque encierra tantos Espíritus inferiores encarnados.

9. Cuando os ahogasteis, ¿qué pensabais que os sucederia? qué reflexiones hicisteis en aquel momento? — Ninguna; para mí era la nada. Despues he visto que no habiendo sufrido toda mi condena, me tocaba aún sufrir mucho.

10. Estais ahora más convencido de la existencia de Dios, del alma y de la vida futura? — Ay! demasiado atormentado estoy por eso.

11. Habeis vuelto á ver á vuestra mujer y á vuestro hermano?—Oh! no.

12. Por qué? — Para qué recibir nuevos tormentos? el destierro existe en la desgracia, y sólo se reune uno en la dicha; ah!

13. Os alegraríais de ver á vuestro hermano, á quien podríamos llamar aquí á vuestro lado? — Nós, nós; me encuentro demasiado bajo.

14. Por qué no quereis que le llamemos? — Es que tampoco él es dichoso.

15. Temeis acaso su vista; sin embargo no podríais haceros mas que bien? — Nô, más tarde.

16. Vuestro pariente me ruega que os preguntem si habeis asistido á vuestro entierro, y si habeis quedado satisfecho de lo que hizo en aquella ocasión? — Sí.

17. Deseais que se le diga alguna cosa? — Que rueguen un poco por mí.

18. Parece que en la sociedad que frecuentabais, algunas personas abundan en las opiniones que profesabais cuando vivo; ¿tendriais que decirles algo con este objeto? — Ah! desdichados! Ojalá les fuera dado el creer en otra vida! esto es lo mejor que puedo deseárselos; si pudieran comprender mi triste posición, les daria mucho que pensar.

— Evocación del hermano del precedente, que profesaba las mismas ideas, pero que no se suicidó. Aunque desdichado, está más tranquilo; su escritura es clara y legible.

19. *Evocacion.* — Qué el cuadro de nuestros sufrimientos pueda seros de útil lección, y persuadiros de que existe otra vida, en la que se expian las faltas y la incredulidad!

20. Os veis reciprocamente con vuestro hermano que acabamos de llamar? — Nô; él huye de mí.

21. Vos que estais mas tranquilo que él, podríais darnos una descripción mas precisa de vuestros sufrimientos? — Acaso no sufriás en la tierra en vuestro amor propio, en vuestro orgullo, cuando os veis obligados á confesar vuestras faltas? No se revela vuestro espíritu á la sola idea de humillaros ante aquel que os demuestra que estais en el error? Pues bien, de que creéis qué debe sufrir el Espíritu que, durante toda una existencia, se ha persuadido que nada existia después de él, y que él tiene razon entre todos? Cuando de repente se encuentra en frente de la resplandeciente verdad, se queda anonadado y es humillado. A esto viene á añadirse el remordimiento de haber podido olvidar por tanto tiempo, la existencia de un Dios tan bueno, tan indulgente. Su estado se hace insopportable; pierde toda tranquilidad, todo reposo; y sólo volverá á encontrar un poco de sosiego cuando la santa gracia, es decir, el amor de Dios le toque, porque el orgullo se apodera de tal modo de nuestro pobre Espí-

ritu, que lo envuelve todo entero, y mucho tiempo le es menester aún para despojarse de ese fatal vestido; sólo la oración de nuestros hermanos puede ayudernos á desembarazarlos de él.

22. ¿Quereis hablar de vuestros hermanos vivos ó en estado de espíritus? — De los unos y de los otros.

23. Miéntras conversábamos con vuestro hermano, una persona aquí presente ha rogado por él, ¿le será útil esa oración? — No será perdida. Si rechaza la gracia ahora, le será útil cuando se halle en el caso de recurrir á esa divina *panacea*.

El resultado de estas dos evocaciones fué trasmítido á la persona que nos había rogado que las hicieramos, y nos dió la respuesta siguiente:

«No podeis creer, caballero, el gran bien que ha producido la evocación de mi suegro y de mi tío. Les hemos reconocido perfectamente; la escritura del primero sobre todo, tiene una analogía notable con la que tenía cuando vivo, y tanto mas cuanto que en los últimos meses que pasó con nosotros, era desigual y casi indescifrable; se encuentra en ella la misma forma de palotes, de párrafos, y de ciertas letras, principalmente de las d, f, o, p, q, t. En cuanto á las palabras, á las expresiones de su estilo, es aún más sorprendente; para nosotros, la analogía es perfecta, á parte de que está más ilustrado acerca de Dios, el alma y la eternidad que negaba formalmente ántes. Nos hallamos pues perfectamente convencidos de su identidad; Dios será glorificado por nuestra creencia mas firme en el Espiritismo, y nuestros hermanos, tanto Espíritus como encarnados, se volverán mejores.

«La identidad de su hermano no es menos evidente; aparte de la inmensa diferencia entre el ateo y el creyente, hemos reconocido su carácter, su estilo, y el giro de sus frases; una palabra sobre todo ha llamado nuestra atención, y es la de *panacea*, que era su expresión habitual; la decía y repetía á todos y á cada instante.

«He comunicado esas dos evocaciones á algunas personas, que han quedado sorprendidas de su veracidad; pero los incrédulos, los que profesan las opiniones de mis dos parientes, hubieran deseado respuestas aún más categóricas; que el Sr. D..., por ejemplo, hu-

biese precisado el sitio donde fué enterrado, en donde se ahogó, de que modo lo verificó, etc. Para satisfacerles y convencerles, tal vez podríais evocarlo de nuevo, y en tal caso, tened á bien dirigirle las preguntas siguientes: Dónde y cómo verificó su suicidio?—Cuánto tiempo estuvo bajo el agua?—En qué sitio fué encontrado su cuerpo?—En qué punto se le sepultó?—De qué manera, civil ó religiosa, se procedió á su entierro?

«Tened á bien, os ruego, caballero, hacer responder categóricamente á estas preguntas que son esenciales para los que dudan aún, y estoy muy persuadido del bien immense que esto produciría. Hago de modo que mi carta os llegue mañana viernes, á fin de que podáis hacer esta evocación en la sesión de la Sociedad que tendrá lugar el mismo dia... etc.»

Hemos reproducido esta carta á causa del hecho de identidad que prueba; añadimos la respuesta que le hemos dado, para instrucción de las personas poco familiarizadas con las comunicaciones de ultra-tumba.

«Las preguntas que nos rogáis dirijamos de nuevo al Espíritu de vuestro suegro, sin duda son dictadas por una loable intención, cual es la de convencer á los incrédulos; porque en cuanto á vos, no abrigais ningun sentimiento de duda ni de curiosidad; pero un conocimiento más perfecto de la ciencia espiritista os hubiera hecho comprender que son supérfluas. — En primer lugar, rogándonos que hagamos responder categóricamente á vuestro suegro, ignorais sin duda que á los Espíritus no se les gobierna á voluntad; que responden cuándo quieren, cómo quieren y á menudo cómo pueden; su libertad de acción es mayor aún que cuando vivos y tienen mas medios de evadir la presión moral que se quisiera ejercer sobre ellos. Las mejores pruebas de identidad son las que dan espontáneamente, de su propia voluntad, ó que nacen de ciertas circunstancias, y es en vano las mas de las veces tratar de provocarlos. Vuestro parente ha probado su identidad de un modo irrecusable segun vuestro parecer; es pues probable que rehusaría responder á preguntas que con razon puede mirar como supérfluas, y hechas con la mira de satisfacer la curiosidad de personas que le son indiferentes. Podría responder, como lo han hecho algunas veces otros Espíritus en igual caso; «A qué fin me preguntáis cosas que yá sabeis?» Aña-

diría aún que el estado de turbación y de sufrimiento en que se encuentra, debe hacerle más penosos los recuerdos de este género; es absolutamente como si se quisiera obligar á un enfermo, que apénas alcanza á pensar y á hablar, á que narrase los detalles de su vida; esto sería ciertamente faltar á los miramientos debidos á su posición.

«En cuanto á los resultados que esperabais serian nulos, podeis estar seguro de ello. Las pruebas de identidad que se han dado son del mayor valor, por lo mismo que son espontáneas, y no forzadas; si los incrédulos no han quedado satisfechos, tampoco lo lograran, tal vez, aun menos, por preguntas previstas y que podrían calificar de connivencia. Hay personas á las cuales nada puede convencer; aunque vieran por sus propios ojos á vuestro suegro en persona, creerian ser juguete de una alucinacion. Lo mejor que con ellas puede hacerse, es dejarlas tranquilas y no perder el tiempo en discursos supérfluos; se las debe compadecer, porque demasiado pronto aprenderán á sus espaldas lo que cuesta, el haber rechazado la luz que Dios les había enviado; sobre estos especialmente descarga Dios su severidad.

«Dos palabras más, caballero, sobre la petición que nos haceis de que evoquemos el mismo dia de recibir vuestra carta. Las evocaciones no se hacen así tan de repente; los Espíritus no siempre responden á nuestro llamamiento; es menester para esto que lo puedan ó que lo quieran, es preciso además un médium que les convenga y que tenga la aptitud especial necesaria; que este médium esté disponible para un momento dado, que el centro sea simpático al Espíritu, etc., etc.; circunstancias todas de cuyo éxito nunca puedo uno responder, y que importa conocer cuando se quiere hacer la cosa con seriedad.»

ALLAN KARDEC.

El espíritu y la materia.

LA MATERIA.

Yo soy del sol la lumbre centellante,
La fría luz de la lejana estrella,
La luna que con rayo vacilante,
Pálida alumbrá, misteriosa y bella.

Yo soy el cielo en roja luz teñido,
Si brilla el sol en el rosado Oriente,
De franjas de oro y púrpura ceñido
Al hundirse en los mares de Occidente.

Yo soy la brisa tibia y perfumada
Que anuncia las pintadas mariposas,
Que suspira quejosa en la enramada,
Que mece el tallo de las frescas rosas.

Y soy la voz del huracan potente
Que girando en revuelto torbellino,
Hiela de espanto el corazon valiente
En medio del Océano al Marino.

Soy la luz del relámpago oscilante,
Cuando retumba el fragoroso trueno
Al despedirse el rayo centellante
De incendio, destrucción y muerte lleno.

Y soy la mar tranquila y apacible,
Azul espejo que la vista encanta,
Y soy la mar que en la tormenta horrible
En montañas de espuma se levanta.

Soy el río que corre y fecunda
Cuanto toca al cruzar el ancho valle,
Y el arroyo que lento se desliza
De algas y juncos entre verde calle.

Y la tranquila y sonorosa fuente
Que desata sus linfas por el prado,
Brindando con su limpida corriente
Alivio al caminante fatigado.

Soy la palma que crece en el desierto
Gentil y erguida y de su pompa usana,
Bajo la cual del sol duerme á cubierto
Del árabe la errante caravana.

Soy el árbol que ostenta por cimera
Largas ramas cubiertas de verdura,
Que puebla el alto monte y la pradera
Y esparce por do quier sombra y frescura.

Soy los campos de espigas y amapolas,
El verde césped que tapiza el suelo,
Las flores que despliegan sus corolas
Bajo el inmenso pabellón del cielo.

Y soy el pez de plateada escama
Preso siempre en su líquido palacio;
Y el pájaro que va de rama en rama
Ó tiende el vuelo en el azul espacio.

La serpiente mortífera y rasfrera,
El león de las selvas soberano,
La oveja humilde, y la sangrienta fiera,
El insecto pequeño, el vil gusano.

Y soy el hombre, en fin, rey que avasalla
Cuantos el mundo en sus ámbitos encierra,
Que en un poco de barro origen halla,
Y barro y polvo vil, torna á la tierra.

Sólo sobre la fe de sus sentidos
Puede dar testimonio de este mundo,
Y espíritus por él desconocidos
Niega arrogante con desden profundo.

Nada hay sin mí: los cielos y la tierra;
La mar, la luz, el fuego, el rayo, el viento...
Y también del cerebro que le encierra,
Es materia el humano pensamiento.

EL ESPÍRITU.

Yo soy el soberano pensamiento
Que rige de los orbes la ancha esfera,
Dando á los astros giro y movimiento,
Sus órbitas trazando y su carrera.

Soy esa universal ley de armonía
Que mira el hombre presidir el mundo,
Aunque á sus ojos es la esencia mia
Velada en el misterio más profundo.

Yo soy la actividad y el movimiento
Que impulsa la materia inerte y ruda,
Sus átomos agrupa ciento á ciento,
Sus propiedades y sus formas muda.

Soy en la vasta escala de los seres
La esencia poderosa de la vida,
Fuente de sensaciones y placeres
Con profusión magnífica esparcida.

Soy esa activa inteligencia humana,
Soy esa fértil creadora mente,
Que rauda tiempos y distancia allana,
Y abarca lo pasado y lo presente.

Por mí el hombre en contrarias sensaciones
El placer y el dolor halla distintos;
Yo le doy sus indómitas pasiones,
Yo le doy sus energéticos instintos.

Vivo en él incorpóreo, invisible;
Mas que una percepción soy una idea,
Y por eso es mi examen imposible
Al que mi ser investigar deseas.

Nada de mí le dicen sus sentidos,
Su mano no me toca, su pupila
No me vé, ni me oyen sus oídos,
Y su débil razon duda y vacila.

Mas aunque de su origen renegando
Mi aliento que le anima negar quiere,
Una voz interior le está gritando:
¡Hay en tí alguna cosa que no muere!

Yo dirijo sus nobles sentimientos,
Combatto sus dañadas intenciones,
Y le inspiro los grandes pensamientos
Origen de magnánimas acciones.

Si ciega la materia le conduce
Por la senda de estéril egoísmo,
En él mi santa inspiracion produce
La abnegacion sublime de sí mismo.

Doy el amor purísimo del alma,
La amistad, el valor, la continencia,
Y la feliz y sosegada calma
Que nace de la paz de la conciencia.

Soy un claro diamante que escondido
En la mina profunda al sol no brilla:
Soy un rico perfume contenido
En pobre vaso de grosera arcilla!

EL POETA.

Materia, yo te admiro por do quiera,
Tu ser me afecta y mis sentidos mueve;
Dudar de tu existencia no pudiera,
Mi razon á negarte no se atreve.

Mas detrás de mí mismo otro sér hallo
Que no eres tú: la vida que en mi siento,
La esperanza, la duda en que batallo
El vasto mundo en fin del pensamiento!

Nó; no eres tú la poderosa llama
Que arde en mi corazon y arde en mi mente;
No eres ese otro sér que piensa y ama,
Aunque por mis sentidos obra y siente.

No eres ese deseo que me irrita
De una felicidad que busco en vano.
¡Qué, para no cumplirle Dios agita
Con tal deseo el corazón humano?

¡El alma es inmortal!... ¡ay del que acuda
Tan sólo á la impotente humana ciencia,
Y se abreve en las fuentes de la duda,
Y hasta llegue á negar su inteligencia!

En el silencio de la noche umbría
Con estos pensamientos batallaba,
En honda agitacion la mente mia:
No sé si la verdad soñar creía
O creía ser verdad lo que soñaba.

Que sueños caprichosos nos forjamos
Tal vez cuando velamos y dormimos;
Y á veces confundimos y dudamos
Si vivimos el tiempo que soñamos,
O soñamos el tiempo que vivimos.

JOSÉ MARÍA DE LARREA.

DISERTACIONES ESPIRITISTAS.

La poesia segun el Espiritismo.

Barcelona 14 mayo 1870.

Medium M. C.

La poesía es algo mas que un conjunto sonoro y rimado de palabras. Estú llamada á despertar en el alma los elevados pensamientos que, revelándole los grandes encantos de la perfección, la determinan á entrar decididamente en el camino del progreso moral é intelectual. Por una verdadera intuición se ha llamado vate al poeta, puesto que éste vaticina en sus versos los futuros estados de la humanidad.

Muchos creén que las composiciones poéticas son exageraciones de la imaginación. Nada de lo que está conforme con lo bello y con lo bueno, puede ser exageracion. Indica algo superior, algo que no se conoce aún por los habitantes del planeta; pero algo que existe en otro ó otros planetas.

Hoy mas que nunca empezará á considerarse la poesía en su verdadero valor, pues el Espiritismo, abriendo, por decirlo así, el mundo de ultra-tumba, dá á conocer como realidades muchas cosas que en los poetas se tenían por extravagancias. Sin ir mas lejos, la invocacion á las musas, de los antiguos y la peticion de númer ó inspiracion de los modernos es un hecho, aunque sencillísimo, inexplicable fuera de la ciencia espiritista. Esta lo explica satisfactoria y racionalmente, demostrando que no en vano se pide inspiracion, y que los Espíritus simpáticos al poeta res-

ponden gustosos á su fervoroso llamamiento. Creed que muchas composiciones poéticas que se aplauden en vuestro mundo, han salido intactas del nuestro. El poeta tal vez lo ha conocido al escribir las, ha comprendido que otra voz se las dictaba; pero ha callado por temor de que se mofasen de él. Gracias al Espiritismo, que demuestra la realidad del fenómeno, no pasarán ya éas y otras parecidas cosas.

La poesía es un arte perfectible como todos los otros y como todo del mundo. No creáis, pues, que haya atrasado, comparándola con la de la antigüedad. Nada vuelve hacia atrás. Homero, Virgilio y aquellos grandes poetas son dignos, dignísimos de loa; pero ¿qué diferencia entre ellos y los poetas cristianos? Tal vez la entonación de éstos sea más pobre, tal vez la versificación sea menos rica; mas desciende al fondo de la cosa misma, que es lo esencial, y notareis la diferencia. Entre Homero, cantando la guerra, y un poeta cristiano, cantando el amor desinteresado á la humanidad, la elección no puede ser dudosa.

Y sin embargo, la poesía está llamada á mayor progreso, por medio del Espiritismo. Este la variará más aún que no la varió el cristianismo, pues le entregará toda la vida futura en su maravillosa realidad, para que la celebre. ¡Cuán admirable no será la descripción de las delicias de los Espíritus que habitan en los mundos superiores, y cuánto no sorprenderá á vuestros hermanos, cuando los poetas espiritistas las digan en sonoros versos! Y cuánto horror sublime no habrá en la pintura de las penas impuestas á los culpables!

Cultivad la poesía espiritista, pues ella os dará momentos de verdadera felicidad, y preparará á muchas almas á la adopción de la nueva ciencia. Todo es útil en el universo.

ALLAN KARDEC.

Las reuniones Espiritistas.

Barcelona Marzo 5 de 1870.

MEDIUM J. P.

Qué pensais de las reuniones espiritistas que tienen efecto en nombre del Señor? Hay quien las mira como un espectáculo, como una diversion; éstos por hora y bien del Espiritismo, no son espiritistas. Si algu no se

llama así, no conoce el alto fin á que se destinan las comunicaciones, no vé la grandeza de la revelacion, y sobre todo, el gran fin á que se la destina. Si queridos hermanos, no admitais como espiritistas á los que necesitan la demostracion de los sentidos para creer, su espíritu vive sepultado en la materia y es mas infeliz de lo que podeis concebir.

Los espiritistas, los verdaderos espiritistas, no han menester de la verdad de los sentidos, para juzgar cueradamente; porque, ¿qué son los sentidos ante la razon? Nada; la nada ante el todo, la negacion despues de la afirmacion; así pues, no espereis convencer á los que su razon es inferior á sus sentidos.

Sean pues, espiritistas, vuestras reuniones un modelo de acatamiento y de respeto, de oracion y de humildad, de adoracion hacia el Sér Supremo, y si un dia no obteneis comunicacion, alegraos de corazon si en la oracion habeis tenido presentes á vuestros enemigos, á vuestros contrarios, á vuestros perseguidores; y si el Señor otro dia permite que sea efectiva la comunión de los santos, dad gracias, y humildes de corazon, reconoced que ha sido un favor del cielo, para vuestro mejoramiento.

Unios y asociaos de corazon y de esfuerzos, para hacer grande la obra que el Señor os ha encargado.

Luis Gonzaga.

Llegan los tiempos.

Barcelona 3 de Junio de 1870.

MEDIUM M. C.

Aun que te parezca lo contrario, por ciertas señales aparentes para todos, el dragon rojo, —Satanás— está herido de muerte. Llega la época, y ha llegado ya, en que debe ser conducido al desierto, donde será ahogado en la sangre del cordero, es decir, en la práctica universal de la verdadera doctrina de Cristo Señor nuestro.

El mundo gime aún en tinieblas; porque la mayoría de los hombres, —las grandes aguas terrestres,— no sé ha resuelto todavía á vestir la blanca túnica de las obras de amor, caridad y virtud intachables. Haced penitencia, cubriros con el saco ceniciente, pues el cordero está ya entre vosotros, espe-

rando el instante de entrar, como el ladron, por la ventana y de improviso. Huid de toda corrupcion, de todo vicio, de todo comercio con la gran prostituta, que no es otra que la iniquidad bajo todas sus formas. Si haceis lo que acabo de indicaros, sereis dignos de tomar asiento en la Jerusalen celeste, que no tardará en bajar dispuesta por el mismo Dios, como la novia para la boda... Así sea.

Juan Evangelista.

Crónica retrospectiva del Espiritismo.

1858.

(Continuacion.)

Luego es por su objeto que interesa y no por su oscuro escritor; para sus lectores su objeto es, pues, serio. Segun esto, es evidente que el Espiritismo tiene raíces en todas partes del mundo, y bajo este punto de vista, veinte abonados repartidos en veinte países distintos, probarian más que otros cien concentrados en una sola localidad, porque no se podría suponer fuese obra de intrigantes.

El modo como se ha propagado el Espiritismo hasta hoy no deja de merecer una atención méno serio. Si la prensa hubiese levantado la voz en su favor, si lo hubiese preconizado, si el mundo hubiese tenido los oídos llenos del asunto, se hubiera podido decir que se había propagado como todo lo que encuentra salida á favor de una reputación ficticia, y lo que se quisiera probar, sólo fuera por curiosidad. Pero nada de esto ha sucedido, pues en general la prensa no le ha prestado voluntariamente ningún apoyo; lo ha desdeniado, ó si á raros intervalos de él ha hablado, ha sido para ridiculizarlo y enviar sus adeptos á la casa de locos, cosa poco estimulante para aquellos que hubiesen tenido la voluntad de iniciarse. Apénas el mismo M. Home ha tenido el honor de algunas menciones semiserias, miéntas que los sucesos más vulgares encuentran en ella la mayor cabida. Por lo demás, es fácil ver que, segun el lenguaje de los adversarios, hablan éstos de él como los ciegos de los colores, sin conocimiento de cau-

sa, sin un exámen serio y profundo, y únicamente por una primera impresión; así es que sus raciocinios se concretan á una pura y simple negación, porque no honramos con el nombre de argumentos los dichos insultos; los chistes, por más ingeniosos que sean, no son razones. Sin embargo, no se debe acusar de indiferencia ó mala voluntad á todo el personal de la prensa. Individualmente cuenta el Espiritismo en ella, sinceros partidarios, y conocemos á más de uno entre los literatos más distinguidos. ¿Por qué pues guardan silencio? Es porque al lado de la cuestión de creencia, está la de la personalidad, omnipo-tente en este siglo. En ellos, como en otros muchos, la creencia está concentrada y no expansiva; están además obligados á seguir las opiniones de su periódico; y tal folletinista teme perder suscriptores enarbolando francamente una bandera cuyo color podría disgustar á algunos de entre ellos. ¿Durará mucho este estado de cosas? Nós, pronto sucederá con el Espiritismo lo que con el magnetismo, del cual en otro tiempo sólo se hablaba en voz baja, que hoy ya no se teme confesarle. Ninguna idea nueva puede, por bella y exacta que sea, identificarse instantáneamente con el espíritu de las masas, y la que no encontrará oposición sería un fenómeno del todo insólito. ¿Por qué ha de ser el Espiritismo una excepción de la regla común? Las ideas necesitan, como los frutos, el tiempo para madurar; pero la ligereza humana hace que se las juzgue ántes de su madurez, ó sin to-marse la molestia de sondear sus cualidades íntimas. Esto nos trae á la mente la ingeniosa fábula de la *Joven mona, el mico y la nuez*. La joven mona, como se sabe, coge una nuez con su cáscara verde, hinca en ella el diente, hace una mueca y la arroja, extrañando que se encuentre buena cosa, tan amarga; pero un mico, viejo, méno superficial, y sin duda profundo pensador en su especie, recoge la nuez, la rompe, la monda, se la come y la encuentra deliciosa, lo que acompaña con una buena moral dirigida á todos los que juzgan las cosas nuevas por su corteza.

El Espiritismo pues ha debido marchar sin el apoyo de ningún socorro extraño, y hé aquí que en cinco ó seis años se ha divulgado con una rapidez que raya en prodigio. ¿De dónde ha sacado esa fuerza sino de sí mismo? Luego en su principio debe haber algo muy

poderoso para que así se haya propagado, «in los medios más activos de la publicidad. Es que, como hemos dicho más arriba, cualquiera que se tome el trabajo de profundizarlo, encontrará en él lo que buscaba, lo que su razón le hacia entrever, una verdad consoladora, y al fin y al cabo, saca de él la esperanza y un verdadero gozo. Así es que las convicciones adquiridas son graves y duraderas; no son de esas opiniones ligeras que un soplo hace nacer y otro borrar. Un sugento nos decía últimamente: «Encuentro en el Espiritismo una esperanza tan suave, saco de él tan grandes y eficaces consuelos, que todo pensamiento contrario me haría muy desdichado, y creo que mi mejor amigo se me haría odioso si tratase de arrancarme esta creencia.» Cuando una idea no ha echado raíces, puede brillar pasajeramente como las flores criadas en invernáculo; pero muy pronto, falta de apoyo, muere y no vuelve á hablarse más de ella. Aquellas por el contrario que tienen una base robusta, crecen y se aclimatan; y de tal modo se identifican con las costumbres, que más tarde se admira uno de que se haya podido pasar sin ellas.

Si el Espiritismo no ha sido auxiliado por la prensa de Europa, no sucede lo propio, se dirá, con la de América. Esto es verdad hasta cierto punto. Existe en América, como por do quiera, la prensa general y la especial. Sin duda que la primera se ha ocupado de él mucho más que entre nosotros, aunque menos de lo que se piensa; además también tiene sus órganos hostiles. La prensa especial cuenta sólo en los Estados Unidos, 18 periódicos espiritistas de los cuales 10 son semanales, si bien algunos de gran tamaño. Se vé, pues, que estamos aún muy atrasados bajo este aspecto, pero allí como aquí, los periódicos especiales se dirigen á las personas especiales; es evidente que la «Gaceta médica», por ejemplo, no será buscada con preferencia por arquitectos, ni por legistas; del mismo modo que un periódico espiritista no es leído, salvo pocas excepciones, sino por los partidarios del Espiritismo. El gran número de periódicos americanos que se ocupan de la doctrina prueba una cosa, y es que tienen bastantes lectores para darles vida. Mucho han hecho sin duda, pero su influencia en general, es puramente local; la mayor parte son desconocidos del público europeo, y los nuestros

muy rara vez les han tomado algo. Diciendo que el Espiritismo se ha propagado sin el apoyo de la prensa, hemos querido hablar de la prensa en general, que se dirige á todo el mundo, de aquella cuya voz resuena cada día en millones de oídos, que penetra en los retiros más oscuros; aquella por la que el anarcórea, en el fondo de su desierto, puede estar tan al corriente de lo que pasa como el ciudadano, de aquella en fin que siembra las ideas á manos llenas. ¿Cuál es el periódico espiritista que puede lisonjearse de hacer resonar así sus ecos por todo el mundo? Habla á las personas convencidas, pero no llama la atención de los indiferentes. Somos pues verídicos, diciendo que el Espiritismo ha sido abandonado á sus propias fuerzas; si por sí mismo ha dado tan grandes pasos, que no hará cuando pueda disponer de la poderosa palanca de la gran publicidad! Esperando ese momento, planta por dó quiera puentes, para que sus ramas encuentren en todas partes puntos de apoyo; y al fin encontrará en todos los lugares voces cuya autoridad impondrá silencio á los detractores.

La cualidad de los adeptos del Espiritismo merece una atención particular. ¿Los hace en los rangos inferiores de la Sociedad, entre gentes ignorantes? No, pues éstas poco ó nada se ocupan del Espiritismo; apénas si han oido hablar de él. Las mesas giratorias poco aficionados han encontrado entre ellas. Hasta ahora sus prosélitos están en los primeros rangos de la sociedad, entre las gentes ilustradas, los hombres de saber y de raciocinio; y, cosa notable, los médicos que por tanto tiempo hicieron una encarnizada guerra al magnetismo, se unen sin dificultad á esta doctrina; contamos un gran número de ellos, tanto en Francia como en el extranjero, entre nuestros abonados, en cuyo número se encuentran también una gran mayoría de hombres superiores bajo todos conceptos, notabilidades científicas y literarias, altos dignatarios, funcionarios públicos, oficiales generales, comerciantes, eclesiásticos, magistrados, etc., toda gente demasiado seria para tomar á título de pasatiempo un periódico que, como el nuestro, no se las echa de divertido, ni mucho menos, si sólo creyeran encontrar en él desvarios. «La Sociedad parisienne de Estudios espiritistas» es una prueba no menos evidente de esta verdad, por lo escogido de

las personas que la constituyen; sus sesiones se siguen con interés sostenido, con una atención religiosa, aún podemos decir con avidez, y con todo, no se trata más que de estudios graves, serios, á menudo abstractos, y no de experimentos propios para excitar la curiosidad. Hablamos de lo que pasa á nuestra vista, pero podemos decir otro tanto de todos los centros que se ocupan de Espiritismo bajo el mismo punto de vista, porque casi en todas partes,—como lo habían anunciado los Espíritus,—el periodo de la curiosidad toca á su fin. Esos fenómenos nos hacen penetrar en un órden de cosas tan grande y tan sublime, que al lado de estas graves cuestiones un mueble que gira ó dá golpes es un juguete de niños: el *a, b, c*, de la ciencia.

Además sabe uno ahora á que atenerse sobre la cualidad de los Espíritus golpeadores, y en general, de los que producen efectos materiales. Con razon han sido apellidados los saltimbanquis del mundo espiritista; por esto les toma uno ménos apego que á los que nos pueden ilustrar. Se pueden asignar á la propagación del Espiritismo cuatro fases ó períodos distintos:

1.^o El de la *curiosidad*, en el que los Espíritus golpeadores desempeñan el principal papel para llamar la atención y preparar el camino.

2.^o El de la *observación*, en el que entramos y que se puede llamar también periodo filosófico. Se profundiza y se depura el Espiritismo, tiende á la unidad de la doctrina y se constituye en ciencia.

3.^o El periodo de la *admisión*, en el que el Espiritismo tomará un rango oficial entre las creencias universalmente reconocidas.

4.^o El periodo de *influencia en el orden social*. Entonces la humanidad, bajo la influencia de estas ideas, entrará en una nueva vía moral. Hasta hoy esta influencia es individual; más tarde, obrará en las masas para el bien general.

Hé aquí pues; por una parte, una creencia que se divulga en el mundo entero por si misma, seguidamente y sin ninguno de los medios usuales de propaganda forzosa, y por otra, cómo esa misma creencia se arraiga, no en la baja clase de la sociedad, sino en la más ilustrada. ¿No hay en este doble hecho algo de muy característico y que debe

hacer reflexionar á los que todavía tratan al Espiritismo de sueño, de vacío de sentido? Al revés de otras muchas ideas que parten de abajo, informes y desnaturalizadas, y que sólo con el trascurso del tiempo penetran en los rangos superiores, en donde se depura; el Espiritismo parte de arriba, y no llegará á las masas sino libre de las falsas ideas inseparables de las cosas nuevas.

Se debe sin embargo, convenir que en muchos de los adeptos sólo existe una creencia latente; el miedo al ridículo en unos y en otros el temor de ajar, en perjuicio suyo, ciertas susceptibilidades, les impide manifestar públicamente sus opiniones; sin duda esto es una puerilidad, y con todo lo comprendemos; no se puede pedir á ciertos hombres lo que la naturaleza les ha negado: el valor de afrontar *el que dirán*; pero cuando el Espiritismo esté en el corazón de todos y este tiempo no está lejano, vendrá el valor á los más tímidos. Un cambio notable se ha operado ya bajo este aspecto desde algún tiempo; se habla de él mas á las claras; se arriesgan, y esto hace abrir los ojos á los mismos antagonistas que se preguntan si es prudente, en interés de su propia reputación, combatir una creencia que, de buen ó mal grado, se infiltra por do quiera y que encuentra su apoyo en la cumbre de la sociedad. Así que el epíteto de *locos*, tan pródigamente regalado á los adeptos, empieza á hacerse ridículo; es un lugar común que se gasta y se hace trivial, porque pronto los *locos* serán mas numerosos que la gente sensata, y yá más de un escritor se ha pasado á sus filas; esto por lo demás, es el cumplimiento de lo que han anunciado los Espíritus, diciendo que los mayores adversarios del Espiritismo serían sus mas ardientes partidarios y fervientes propagadores.

A. K.